

—El capitán con mi maza, contestó Farfan.

—¡Jesucristo! dijo Ciervo-veloz; os suplico, capitán, que si os enojo no me dejéis sentir vuestra maza.

—Cenemos, dijo Farfan; y para hacer boca empinaos el frasco, capitán.

—Yo no bebo mas que agua, respondió el caballero.

—Pues parece mentira, contestó Farfan; porque teneis una sangre que parece criada con vino.

Y tomando con ambas manos el frasco que tan grande y tan pesado era, se lo embocó, estuvo cinco minutos mirando á la techumbre, y despues entregó el frasco á Ciervo-veloz, que le hizo una merma no menor que la que le habia hecho Farfan.

Inmediatamente despues fué acometido el dornajo.

Las pequeñas y bellas manos del caballero asían la carne del mismo modo que las rudas y callosas de sus comensales, y como ellos comia con apetito, y aun pudiéramos decir que con delicia, aquel áspero y negro pan.

Porque como dice un adagio vulgar, no hay salsa mejor que la de San Bernardo (San Bernardino podríamos decir nosotros).

Pasados esos primeros momentos en que solo se atiende á calmar el hambre, el capitán dijo:

IX

CAPITULO IV.

EN QUE SE DICE LO QUE POR SER LARGO NO SE HA DICHO EN EL ANTERIOR.

II

I.

—Os he prometido contaros la historia de la sultana Zayda Fatima, como se llamaba, ó de doña María de Granada y de Molina, como se llama ahora. Yo he conocido á esa dama en la casa de la reina doña María, porque yo he servido á la reina, y tan lealmente, que por servirla mejor me veo sin patria y sin deudos, vagando de acá para allá y sin saber cuándo tendrán fin mis trabajos.

—¿Y qué hicisteis, capitán, con la reina, que en el aprieto en que estais os puso? dijo Ciervo-veloz.

—Os he prometido contaros la historia de doña María de Granada, pero no os he prometido contaros la mia; me irrita el que se me pregunte acerca de lo que no quiero contestar; oid:

Tenia el rey de Granada Mojammet-ben-Yusef-ben-Nazar-el-Ansari....

—¿Por qué han de ser tan largos los nombres de estos reyes

moros, dijo Farfan, que yo he oido el de algunos que tienen lengua y media?

—Tambien me irrita el que me interrumpen, dijo el caballero. Tenia el rey de Granada Sidy-Mojammet-ben-Yusef-ben-Nazar-el-Ansarí una hija, y digo que tenia, porque ya, aunque su hija no ha muerto, ha muerto para él, porque la ha maldecido, y los hijos malditos mueren para sus padres desde el momento de la maldicion.

Bien quisieran Farfan y Ciervo-veloz preguntar al caballero por qué habia maldecido el rey de Granada, el del largo nombre, á su hija: pero les causaba tal respeto su jóven capitan, respeto de miedo, que se abstuvieron.

El capitan continuó satisfaciendo por acaso la curiosidad de sus oyentes.

II.

—Y no habia maldecido el rey de Granada á su hija porque hubiese sido mala, sino porque habia sido desgraciada.

—¡Ah! ¡ya! el amor, dijo el incorregible Ciervo-veloz, que era muy charlatan; el amor es el tropiezo de todas las mujeres, el mal tropiezo que para beneficio de los hombres les pone delante Satanás.

—La hija del rey moro no tropezó, no amó por lo menos cuando involuntariamente dió ocasion á que la maldijese su padre; amó despues, y amó con toda su alma; amó á un hombre que merecia bien ser amado.

La sultana Zayda Fatima desapareció con un hombre de Granada: aquel hombre era el infante don Juan, huésped del padre de la sultana: miserable que pagó los beneficios que del padre habia recibido robándole á su hija y trayéndosela á Castilla, donde, y cerca de Toledo, la encerró en una casa fuerte: pero

no conocia bien á la sultana: la sultana habia heredado el alma y el corazon de su padre, que es un leon bravo, y la sultana burló al infante descolgándose por un ajimez de la casa fuerte y metiéndose en Toledo.

III.

Ciervo-veloz miró profundamente al caballero al oir aquello de que la sultana Zayda Fatima era un leon bravo como su padre el rey de Granada y habia tenido valor para descolgarse por un ajimez y huir; pero la sospecha que Ciervo-veloz habia contraido, se desvaneció al ver la mirada con que el caballero contestó á la suya.

—No, no, imposible, dijo para sí Ciervo-veloz; ninguna mujer, aunque tenga mas entrañas que un lobo, puede mirar así; y luego, quien ha falseado el arnés de Pero Rojo, el que ha abierto el boquete ese en la madera, no es una mujer.

Y deglutió un enorme pedazo de carne que habia masticado mal, distraido con su pensamiento.

El caballero continuó.

—Una vez en la puerta de la muralla de Toledo, la sultana se hizo conducir por un capitan cristiano al alcázar: la sultana se hizo entender porque hablaba el castellano: habia perdido su madre al nacer, y la habia servido de madre su nodriza, una cautiva cristiana que enseñó á la hija del rey moro el habla de su patria, y que alguna vez la hacia repetir bellas oraciones á una santa vírgen, madre de un mártir divino, en quien los musulmanes creen, pero considerándole, no como le consideramos los cristianos, como el Verbo Encarnado, sino como uno de sus profetas menores.

no conocia bien á la sultana, la sultana habia herido el alma y el corazón de su padre, que es un leon bravo, y la sultana duró al instante descolgándose por un sifon de la casa fuerte y metiéndose en Toledo.

El caballero se detuvo un momento, inclinó la cabeza, sostuvo la frente en su mano, y luego, alzando de nuevo la cabeza, continuó:

—Al pié de la escalera del alcázar encontró la sultana á Guzman el Bueno, y le reconoció por el nombre que al saludarle habia pronunciado el capitán que la guió.

El heroísmo de Guzman habia hecho que la fama llevase su nombre á todo el mundo.

Le habló la sultana, le dijo quién era, y Guzman mismo la llevó á la cámara de la buena, la excelente reina doña María, en un momento terrible: el infante don Juan amenazaba á su reina; el rey don Sancho moria en la cámara inmediata.

El asesino de Tarifa estaba frente al héroe de Tarifa.

¡Oh! no murmureis de vuestra buena reina, no maldigais de ella; en aquel momento pudo haber dejado á Guzman el placer de la venganza; pudo libertar á su hijo, que empezaba á ser rey, junto al lecho de su padre moribundo, de un enemigo terrible, como despues se ha visto, de un alto traidor que tiene bastante prestigio con su nacimiento para que á él se acerquen y le rodeen y le sirvan otros traidores ambiciosos, para los cuales no hay mas ley, mas razon ni mas justicia que el logro de sus bastardas ambiciones.

Y la reina fué noble y grande.

Veia en aquel traidor al hermano de su esposo moribundo; sabia, porque la reina tiene un gran corazón, una grande inteligencia y conoce harto bien á los hombres y á las cosas, sabia, digo, cuánto le importaba cobrar aquella cabeza para bien de su hijo, para bien de sus reinos, y sin embargo respetó la sangre del hermano de su esposo, del tío de su hijo; le dió un salvoconducto, y mandó á Guzman le pusiese sano y salvo fuera de Toledo.

V.

—¡Y Guzman no le mató! dijo con ímpetu Farfan.

—Guzman es la flor de los caballeros, Guzman es un héroe, Guzmán, antes que á su justa venganza, obedeció á la reina, obedeció á su honor, contuvo su coraje, se venció bravamente y salvó al infante don Juan, al verdugo de su hijo.

—¡Qué hombre! exclamó con asombro Ciervo-veloz.

—Es una gloria de Castilla, es el hidalgo, el invencible, el cristiano, el caballero de los caballeros.

La sultana Zayda Fatima, que no habia podido verle sin sentir por él algo nuevo, algo desconocido, acabó de enamorarse de él; pero la sultana Zayda Fatima ha nacido con malas hadas; sobre la sultana Zayda Fatima pesa una maldicion; ella se enamoró de un imposible al enamorarse de Guzman, y al mismo tiempo encontró una contrariedad en el amor de otro hombre, mejor dicho, en el amor de un niño, porque aquel hombre era el jóven infante.

VI.

—¿El jóven infante don Juan Manuel? exclamó Farfan; pues tuvo suerte esa sultana.

—El infante don Juan Manuel es un gallardo mozo, muy bizarro, muy alentado, que ya es mucho, y que con el tiempo será mucho mas.

—La infanta Zayda Fatima no ha nacido para amar á dos hombres, dijo el caballero del Aguila Roja: sus amores por Guzman el Bueno eran imposibles, imposibles los amores por ella del infante don Juan Manuel, porque Zayda Fatima amaba ya.

—¡Y á quién amaba esa infanta mora? dijo Ciervo-veloz.

—Ya os lo he dicho, contestó el caballero: amaba y ama á Guzman el Bueno.

—Pero don Alonso Perez de Guzman es un hombre casado, dijo Ciervo-veloz, y tan caballero y tan cristiano y tan enamorado de su mujer, que por todas las moras del mundo, aunque fuesen mas hermosas que el lucero de la tarde, no la haria ofensa.

—No le amaria la sultana Zayda Fatima, si le creyese capaz de hacer una traicion á su esposa; porque el que vende un amor, venderá otro; porque el que falta á la fé jurada, será siempre perjuro; porque el que abandona á una débil mujer que no puede vengarse, incurre en villanía, y la infanta de Granada no puede amar ni á un perjuro ni á un traidor ni á un villano.

—¿Y qué espera entonces esa infanta? dijo Farfan.

—Vive con su amor, ocultándolo, recatándolo de todo el mundo.

—No le recata mucho cuando le conoceis vos, capitán.

—Yo lo he adivinado; era paje de la reina doña María no há todavía un año, veia todos los dias á la infanta Zayda Fatima ó doña María de Granada, que era dama de la reina y muy querida de ella; algunas veces sorprendia en los ojos de la infanta una profunda tristeza, una desesperacion profunda, que daba á su mirada una melancolía infinita; á veces, cuando oia el nombre de Guzman, lo que era muy frecuente, ardia en sus ojos por un instante una llama intensa que se apagaba, sucediendo al vivo color que habia encendido las mejillas de doña María de Granada una palidez densa: por último, un dia entró de improviso en la cámara de la reina en ocasion en que estábamos en ella doña María y yo, Guzman el Bueno: no tuve ya duda; tembló la infanta, se puso mortalmente pálida, y miró de una manera ansiosa á Guzman el Bueno; pero aquella mirada pasó tan rápidamente que no tuvo tiempo de verla el que habia sido objeto de ella; es verdad que Guzman no tenia ojos mas que para la reina.

—¿Ah! dijo Farfan, ¿será verdad lo que dicen?

—¿Y qué dicen? exclamó el caballero del Aguila Roja, vol-

viéndose y desplomando una mirada tal y tan terrible sobre Farfan, que este se estremeció.

—Dicen, contestó tartamudeando Farfan, que don Alfonso es el mejor vasallo de la reina doña María.

—Y dicen bien, contestó el caballero; el mejor vasallo, el hombre leal que tiene toda su sangre al servicio del rey y de la reina, su hacienda, su familia y aun me atrevo á decir que su alma. Pero á caballo, añadió poniéndose de pié.

—¿Qué, no nos acabais de contar la historia de la infanta mora?

—Otro dia, respondió el caballero; la noche avanza, y segun habeis dicho, el infante de Aragon debe pasar por el camino real al mediar la noche. Vamos.

VII.

Ciervo-veloz y Farfan se levantaron.

Tomó el uno su adarga y su estandarte, el otro su adarga y su maza de armas, y siguieron al capitán, que yéndose á la puerta, bajó por la escalera portátil.

Farfan, que salió el último, cerró la puerta y guardó la llave en la bolsa de gamuza que llevaba pendiente de la cintura; luego descendió.

VIII.

—¿Ah de mis bravos! dijo el capitán con voz enérgica: ¡á caballo!

Oyóse un múltiple crujimiento de armas, que se repitió al montar los ginetes.

Uno de ellos trajo un magnífico caballo blanco al caballero del Aguila Roja.

Otros dos soldados habian traído sus caballos á Ciervo-veloz y á Farfan, que montaron.

—Las lanzas en las cujas, dijo el caballero, y en marcha.

Y la rompió el primero.

Los aventureros siguieron á su capitán sin saber adónde iban: ¿y qué les importaba?

Todo lo que necesitaban saber consistía en que su jóven capitán era valiente y fuerte.

IX.

Atravesaban el espeso pinar enlugarbrecido y horrible por las sombras de la noche.

Los pinos presentaban formas caprichosas y grupos fantásticos.

Las pisadas de los caballos se apagaban sobre el musgo.

Los arneses de los aventureros crujían acompasadamente de una manera desapacible.

Cantó uno un romance de su tierra, ó mejor dicho, empezó á cantarle, y se oyó la voz del capitán que dijo:

—¡Silencio! las águilas cuando van en busca de la presa no graznan.

Se apagó la voz del cantor.

Pusiéronse á hablar dos de ellos, y de nuevo resonó la orden de silencio.

—A algo duro vamos, pensaban todos, y todos pensaron también, pues mejor, habrá buena ganancia.

X.

Ciervo-veloz y Farfan iban el uno á la derecha, el otro á la izquierda del caballero, pero sin hablar una sola palabra.

La orden de silencio les comprendía á ellos también.

El caballero llevaba algo avanzado su caballo y continuaba al paso sobre una especie de pradera estrecha y sinuosa que se perdía á lo largo entre terrenos accidentados, cubiertos de espesos pinos.

XI.

Esta marcha duró dos horas; al cabo de ellas terminó la Selva del Abrojo, y después de haber recorrido una estensa pradera descubierta, los aventureros llegaron al camino real junto á una magnífica cruz de piedra, pendiente de la cual había una caldereta llena con una estopa empapada en aceite y encendida.

De aquella luz cuidaba un buen hombre que tenía su ermita entre las primeras espesuras de la selva.

Una vez allí, el caballero mandó echar pié á tierra á su gente, y que permaneciese inmóvil junto á sus caballos.

Entregó á un escudero el suyo, se fué á la cruz, se arrodilló en sus gradas y oró.

Para esto se había separado algún tanto de Farfan y de Ciervo-veloz.

—Estoy reventando, dijo este en voz muy baja á Farfan, por decirte una cosa que se me ha ocurrido; ¿pero cuándo se me ha ocurrido? mucho tiempo después de haber salido de la cabaña.

—¿Y qué idea es esa?

—¿Qué idea es esa? que este caballero no es caballero.

—¿Pues qué es? dijo Farfan.

—Dama.

—¿Estás loco! ¿Pues qué hay dama en el mundo capaz de atravesar de parte á parte de una lanzada la adarga y el arnés que llevaba encima Pero Rojo, ni de romper como ha roto de un golpe de maza el suelo de la choza?

—Dama y muy dama, dijo con acento de convicción Ciervo-veloz.

—Vamos, la hermosura de este caballero te hace pensar eso.

—No, me lo han hecho pensar sus ojos; cuando hablaba de Guzman el Bueno, los ojos le relucian como carbunclos, y Dios me perdone si no se le asomaba el color á las mejillas unas veces, y otras se ponía pálida.

—¡Pálida el caballero! Pálido dirás; lo de relucir los ojos y lo de ponerse pálido ó encarnado puede ser que consista en que esté enamorado de la infanta mora y le irrite los celos el pensamiento de que la infanta ama á Guzman.

—Te digo que ese caballero es la infanta mora, la sultana Zayda Fatima

—¡Mora, y mira cómo reza al pié de la cruz!

—Ya sabes que la infanta mora se bautizó y que tomó el nombre de doña María.

—El caballero se llama Gutierre de Silva, dijo Farfan.

—Un nombre se toma de cualquier parte, porque no hay necesidad de ir enseñando á todo el mundo la partida de bautismo, dijo Ciervo-veloz.

—Hace cuatro dias que vivo con el capitan sin separarme de él, y en él no he visto nada de mujer.

—¿Le has visto desnudarse?

—No, porque no se ha quitado el arnés en todo el tiempo que le conozco; con él come y con él duerme.

—Se lo habrá impuesto por penitencia.

—Yo te apuesto la parte de presa que me corresponda en la primera ocasion, á que el capitan es hombre y muy hombre, dijo Farfan.

—Y yo te apuesto todá la parte mia contra media parte tuya á que es mujer y muy mujer.

—Silencio, que se levanta y viene hácia nosotros.

XII.

—Dos á caballo, dijo el caballero.
Montaron dos de los mas inmediatos.

—Al camino, dijo el capitan, y en marcha, como quien sale de Valladolid: cuando sintais á lo lejos gente armada, volved á toda brida y avisadme.

Los dos ginetes salieron al camino y se alejaron por él.

—Vosotros, dijo el caballero dirigiéndose á todos, id á la espesura y ocultaos en ella; estad listos para en el momento en que oigais mi bocina.

Los aventureros, incluso Farfan y Ciervo-veloz, se alejaron, llevando sus caballos de la mano hácia el comienzo de la selva.

El caballero del Aguila Roja se acercó á la cruz, se sentó en su grada mas alta, y apoyada la espalda en el pedestal de la cruz, permaneció inmóvil como una estatua.